

LA LIBERTAD Y LA CARESTIA DE LOS PRECIOS



Aunque la economía es la ciencia del equilibrio, por esencia, los medios para lograrlo no resultan siempre eficaces. Esta falta de correlación práctica, que también se da en las demás actividades, origina a veces climas oscuros, en los que son de temer los palos de ciego.

La especulación ha sido siempre el exceso de virtuosismo—si esta palabra puede emplearse con este objeto—

del comercio. Es decir, una cualidad viciosa de este, no fundamental, sino adjetiva. Sería absurdo que, para suprimir la especulación se suprimiese el comercio..., en el papel claro está.

Esto recordaría el cuento del sajón, alarmado por los amores de su sirvienta con un soldado. Los había sorprendido acariciándose en el diván de la escalera, y como estimaba mucho a su menegilda, comenzó a pensar en el procedimiento para evitar las consecuencias que para ella pudieran acarrear amores tan acelerados. Al fin dió un golpe en la frente, y se le ocurrió vender el diván.

Para que haya pescado en las mesas españolas, la libertad de precio en puerto es indispensable. Tan indispensable que si se hubiera retrasado su adopción solamente un trimestre, la mayor parte de las empresas estarían en plena quiebra.

Lo que no es indispensable es reimplantar las tasas para que tal mercancía llegue barata a las mesas donde ha de consumirse. Ni el pescado ni ningún alimento podrá adquirirse barato, mientras los demás recursos, que con los de la mar concurren a abastecer las necesidades del país, se vendan a precios de fantasía.

¿No se han restablecido las tasas en la carne? Pues nunca ha llegado a los astronómicos precios que ahora adquiere en las capitales. La tasa no evita la especulación, la acreciente, porque la hace más cómoda, menos arriesgada, fácil hasta asegurar ganancias fabulosas por simple cambio de manos, a veces solo nominal, de la mercancía intervenida.

Aparte de que, el momento para reformar en orden al pescado esta situación no puede ser más inadecuado. Dentro de quince días habrá en los puertos de Galicia todo el bacalao fresco que se quiera a precios asequibles. Si hay hambre puede quedar con tan excelente gávido holgadamente satisfecha, como se siente en Noruega, Inglaterra o Laponia, en cuyas costas dicho recurso íctico es el alimento casi único.

No se justifican los excesos de precio, en modo alguno. Pero no se olvide que el armador es el único productor que no se lo fija a su mercancía, sino que lo vende en subasta. Esta garantía de equidad le pone a cubierto de la responsabilidad del abuso, que, contra sus intereses, y no sólo contra los del consumidor, el parasitismo comercial comete.